

## **HISTORIA ECONÓMICA: NUEVOS ENFOQUES (\*)**

Roberto Cortés Conde

### I.

La historia económica ha vivido, vive aún, la ambigüedad de tratar con dos disciplinas bastante disímiles. Mientras que la economía utiliza un método hipotético deductivo, suponiendo la reiteración de ciertos comportamientos, la historia –se dice- trata de casos únicos, irrepetibles, y por ello no puede formular predicciones.

Esta antinómia, repetida tantas veces, olvida que la economía no predice comportamientos individuales y que los hechos del pasado no son esencialmente distintos a los del presente.

Decía sir John Hicks: “Una de las cosas que hemos aprendido, un punto general que debe enfatizarse desde el principio, es distinguir entre aquellas cuestiones históricas que pueden ser discutidas útilmente en términos de la noción de uniformidad estadística, de aquellas que no pueden serlo. Todo acontecimiento histórico tiene algún aspecto en que es único, pero casi siempre hay otro aspecto en el cual es miembro de un grupo, a menudo de un grupo bastante grande. Si es este último aspecto el que nos interesa, será en el grupo, no en el individuo, donde detendremos nuestra atención, será el promedio o norma del grupo lo que trataremos de explicar. Debemos ser capaces de permitir que el individuo difiera de la norma sin ser disuadidos a reconocer la uniformidad estadística. Eso es lo que hacemos casi todo el tiempo en economía. Nosotros no sostenemos en nuestra teoría de la demanda, por ejemplo, que somos capaces de decir algo útil sobre la conducta de un consumidor particular, el que puede estar dominado por motivos peculiares a él mismo; sostenemos que somos capaces de decir algo sobre la conducta de todo el mercado -o de todo el grupo, esto es los consumidores de un producto particular-. Podemos hacer esto, debe ser enfatizado, sin implicar ningún determinismo, dejamos en claro que cada consumidor, como individuo, es perfectamente libre de elegir. La economía está interesada más bien en la conducta estadística” (1).

De todos modos, por diferencias de formación y aún de gustos, la coexistencia de economistas e historiadores ha sido difícil y poco productiva.

### II.

El hecho más notable en la evolución de la historia económica en la Argentina al comenzar la década de los sesenta fue la influencia que sobre ella tuvieron las ciencias sociales(2).

Curiosamente, no provino directamente, en un principio, de la economía, sino de otras corrientes historiográficas que ya habían incursionado en las ciencias sociales. Fue respondiendo al movimiento intelectual encabezado por Lucien Febvre y Marc Bloch, surgido en Francia en 1929 con la fundación de los “Annales d'histoire économique et sociale”, que algunos historiadores iniciaron el tedioso y difícil camino de acercamiento a otras disciplinas en las que no estaban entrenados. El grupo de los Annales reclamó a la historia una apertura ambiciosa a las ciencias sociales, en el marco de una historia global que trataba de superar la pobreza de la historia de los acontecimientos. El historiador debía buscar en ellas respuestas a los complejos fenómenos que estudiaba, orientaciones para formularse preguntas y métodos para realizar su investigación. Fueron, junto a las obras de Febvre sobre historia de las creencias y de geografía histórica y las de historia social y agraria de Bloch, las de Labrousse y Braudel las que influyeron más en las generaciones presentes. Labrousse contribuyó a la historia económica con estudios sobre precios, salarios y rentas en el marco de la búsqueda de explicaciones a las oscilaciones económicas de corto y largo plazo. Braudel, con una obra monumental sobre el Mediterráneo, hizo prevalecer su aguda percepción de geógrafo humano. Fue el enfoque de las fluctuaciones de corto plazo que se continuaban en otras de tiempos más largos y correspondían a circunstancias duraderas, las estructuras, el que atrajo a Braudel, que agregó los tiempos reiterados de las fluctuaciones económicas a su tiempo de la geografía, el tiempo largo, el de las inercias, de las limitaciones, de los espacios y los paisajes que se modifican lentamente (3).

Esa preocupación por las fluctuaciones económicas respondía a una época en que se había pasado de la euforia de la década del veinte a la crisis y la depresión de los treinta. Sin embargo, los discípulos de la VI Sección de L'école pratique continuaron con ellas cuando los temas de la economía eran otros y existían indicadores más refinados para medir las oscilaciones. Parece aquí válida la opinión de Hartwell (4) cuando decía que “a menudo los esfuerzos académicos presentes se dedican a problemas de períodos previos que ya han sido resueltos o han cambiado”.

Pero aun cuando la vida económica, la producción, el comercio, el crédito y el dinero ocuparon un lugar preponderante en la obra de Braudel, no aparece en ella un intento riguroso por dar explicaciones económicas a esos fenómenos. Se trata más bien de descripciones de un geógrafo o de un antropólogo que se ocupa de la economía como otro aspecto de la cultura. Si bien estos aspectos son relevantes, ese enfoque no justifica, cuando se lo aplica a la historia económica, el uso rudimentario y aun el desconocimiento de instrumentos analíticos más elaborados sobre los comportamientos económicos de los individuos. La escuela de Annales fue criticada desde el campo de la economía achacándosele un uso rudimentario de conceptos económicos y la utilización de técnicas estadísticas sin demasiada comprensión acerca de sus alcances analíticos (5).

Por esos mismos años sesenta llegó desde la economía la literatura sobre problemas de desarrollo que había alcanzado mucha difusión en los países occidentales después de la segunda guerra. Es que si existía un área de interés común para

economistas e historiadores, ella tendría que ver con los problemas que se referían a la discontinuidad, la fractura o el cambio y no los de equilibrio, de los que se ocupaba el análisis económico. Aquéllos eran radicalmente los temas de los historiadores. Cuando los economistas se dedicaron a ellos apareció un campo que transitaron unos y otros.

Las obras de Myrdal, Nurkse o R. Rodan discutían problemas económicos en un marco histórico. Se preguntaban cuáles eran las circunstancias que favorecían el progreso de las naciones. Rosenstein Rodan hablaba de los efectos de externalidad del desarrollo de las industrias sobre otros procesos sociales y económicos y enfatizaba las discontinuidades en el proceso de crecimiento. Myrdal, que había empezado en la tradición fiscalista sueca, formulaba propuestas heterodoxas negando que por la acción de los mercados se volviera a situaciones de equilibrio estable. La pobreza genera más pobreza, decía cuando hablaba del “círculo vicioso de la pobreza”. Rostow, discutido por unos y seguido por otros, sostenía que el crecimiento autosostenido necesitaba de un grupo modernizante que invirtiera en sectores no tradicionales. Nurske aseguraba que las ventajas del comercio fueron ciertas en el siglo XIX, pero no en el XX, debido a la distinta elasticidad de la demanda de alimentos. Aunque todos ellos eran economistas, en alguna parte de su exposición sostenían que en situaciones históricas concretas los supuestos de la teoría económica no se daban y que había que buscar explicaciones distintas de las de la economía neoclásica.

Todos los que, por entonces, se dedicaban a estudiar esos temas recibieron su influencia. Esto se debió a que sus trabajos fueron difundidos, entre nosotros, por un grupo de economistas de prestigio que, liderados por Raúl Prebisch, habían tenido múltiples contactos con ellos, durante el tiempo en que trabajaron juntos en las Naciones Unidas en Nueva York. Su impacto se debió, además, a que por entonces economistas e historiadores se enfrentaban a una situación que parecía difícil de explicar. ¿Por qué países como la Argentina, que habían tenido un importante crecimiento desde fines del siglo XIX, lo vieron interrumpido después de 1930?. Los dramáticos cambios en las corrientes del comercio mundial, tras la depresión de los treinta, parecían indicar la extrema debilidad de un crecimiento basado en el comercio y en la producción de bienes primarios para la exportación. Esos fueron los interrogantes de Anibal Pinto en *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, de 1958 (6), que generalizó para América Latina la problemática de la frustración. Pinto, que trabajó con Prebisch en Nueva York y Chile, se preguntaba por qué los países que habían alcanzado un desarrollo importante de su producción primaria no habían logrado industrializarse. Fueron también los interrogantes de Furtado en su libro sobre el desarrollo económico del Brasil (7) y el de Ferrer sobre la Argentina.(8).

Pero esa literatura que por los años sesenta parecía tan moderna tenía antecedentes más antiguos.

Fuertemente requeridos por la necesidad de buscar casos históricos para justificar políticas económicas industrializantes y proteccionistas, los economistas de la posguerra

no hicieron más que recrear los argumentos que, en su crítica a la economía clásica, había elaborado la escuela histórica alemana.

### **III. La escuela histórica alemana**

Nada tuvo tanto peso en la historia económica, desde los principios de este siglo hasta la segunda guerra, como la escuela histórica alemana. Hildebrand, List, Bucher, Schmoller y Sombart escribieron obras clásicas sobre el pasado económico. No habría historia económica de Europa sin la escuela histórica alemana. Es que mientras los ingleses estaban bajo la influencia del elegante razonar lógico de los clásicos, los alemanes buscaban en la historia argumentos para la construcción del estado-nación. Tal fue la influencia alemana que llegó a la primera ola de historiadores económicos ingleses, entre otros a Ashley.(9)

List criticó a la escuela clásica por su carácter esencialmente deductivo y por su falta de interés por derivar generalizaciones de procesos históricos concretos. No estaba interesado en las relaciones económicas en abstracto sino en el desarrollo del estado-nación, la forma más elevada de asociación que pueda lograrse antes de alcanzar la de una sociedad universal, todavía utópica. Propuso medidas que desarrollaran las fuerzas productivas de la nación. En la búsqueda de esas políticas se encontró ante una situación concreta: Alemania y Estados Unidos estaban más retrasados en su desarrollo industrial que Inglaterra. En ese caso Alemania debía proteger sus industrias hasta alcanzar el grado de evolución de las inglesas. Decía que existe un solo elemento dinámico en el proceso de crecimiento, la introducción de las manufacturas. Vinculaba la industria a formas más avanzadas de desarrollo político; la industria condice con una sociedad liberal, la agricultura con una despótica. Describía las etapas de la evolución histórica, que comienzan con la salvaje para alcanzar estadios más adelantados con la industrial-comercial. A diferencia de los demás, List estuvo más interesado en problemas de política económica que en la historia económica, pero su método fue histórico.

Sus argumentos fueron repetidos en muchas de las interpretaciones sobre nuestro pasado económico (a veces explícitamente, otras no). En la Argentina, hacia la primera guerra, aparecieron en los trabajos de una personalidad de la capacidad y el brillo del ingeniero Alejandro Bunge, de algún modo el iniciador de los estudios de economía positiva en el país.

Hildebrand -decía Carl Menger (10)- declaró que quería abrir el camino para una orientación y un método básicamente histórico en el campo de la economía y quería cambiar esa ciencia a una *doctrina de las leyes económicas del desarrollo de las naciones*. Se oponía a Smith, quien, en su opinión, trató de construir una teoría económica "cuyas leyes fueran absolutamente válidas para todos los tiempos y naciones" (11). Veía el método histórico exclusivamente "en la consideración colectiva del fenómeno de la vida de las naciones y en la determinación de las leyes del desarrollo

económico nacional".

“El historicismo sostiene -decía Mises- que es una pérdida de esfuerzo el buscar por regularidades universalmente válidas, independientes del tiempo, lugar, razas, nacionalidad y cultura. Todo lo que la sociología y la economía pueden decir es la experiencia de un evento histórico que puede ser invalidado por un nuevo experimento. Lo que fue ayer, puede ser de otro modo mañana [. ..]”. Por lo tanto, el único método apropiado para las ciencias sociales es la comprensión de lo históricamente único [. . .]. No hay un conocimiento cuya validez se extienda más allá de una época histórica o al menos de varias épocas históricas (12). Por su parte decía que era imposible pensar ese punto de vista de modo consistente hasta sus últimas conclusiones. Llega un punto -sostenía- en que hay algo en nuestro conocimiento que viene antes de la experiencia, algo que es independiente del tiempo y del espacio (13).

Bucher y Schmoller postularon también el método histórico y desarrollaron el esquema de las etapas. Bucher las clasificó en economías domésticas, de la ciudad y nacionales. Su propósito fue más bien analítico. En cambio, Schmoller las vio como una descripción de circunstancias históricas concretas.

Pero mientras que la contribución de la escuela alemana a los estudios históricos es riquísima, no puede decirse lo mismo de sus esquemas de análisis. Mucho menos del objetivo no declarado de sostener políticas proteccionistas y nacionalistas con argumentos derivados de generalizar situaciones históricas. (Por ello es también que cuando en nuestro continente el clima intelectual favoreció la búsqueda de políticas autarquizantes se renovó el interés por la escuela alemana.). Ése fue también el caso en Alemania. Según Mises: “En verdad el tema del ataque a la teoría fue esencialmente político y fue destinado a proteger de un criticismo desagradable políticas económicas que no podían pasar un examen científico”(14). Sostenía que en vista del intervencionismo, cuyo triunfo en la esfera política la escuela histórica quería ayudar a obtener, cualquier intento por demostrar una regularidad en los fenómenos sociales aparecía “como un desafío al dogma de la omnipotencia de la interferencia del gobierno” (15). En la Batalla de los Métodos (el Methodenstreit) se rechazó la teoría económica, la existencia de leyes generales, sosteniendo sólo la validez de la generalización que partía de situaciones históricas concretas (16).

Al principio de la Methodenstreit, Walter Bagehot y Carl Menger -decía Mises- argumentaron en contra del rechazo del principio de toda teoría científica de la acción humana, defendiendo “el carácter y la necesidad lógica de una teoría científica del fenómeno social”. Fue bien conocido cómo concluyó en Alemania la Batalla de los Métodos; agregaba: “La economía desapareció de las universidades y su lugar fue tomado ocasionalmente, aún bajo su nombre, por el estudio de los aspectos económicos de la ciencia política, una recolección enciclopédica del conocimiento de varios temas”(17). Los oponentes del historicismo negaron la utilidad de la investigación histórica. “Lo que estaba en discusión en la Methodenstreit nunca fue la historia, siempre

fue la teoría”(18). Desde el punto de vista de la economía y de la ciencia política, el error del historicismo residía en su rechazo a la teoría. (19).

Por otra parte, aunque la escuela histórica describió procesos económicos, formas sociales de organización económica, su interés se centró en los procesos de cambio, en la transición de una etapa a otra buscando encontrar leyes de los desarrollos históricos. Decía Hartwell que esa idea de una “evolución ordenada de la sociedad” debía mucho a Hegel y Spencer (20). Pero respecto de ellos no trató de explicar los cambios por causas económicas, sino que los encontró en factores culturales (el sentido adquisitivo del burgués de Sombart), sociales (los grupos no tradicionales de la sociedad) o políticos (la formación de la nación). Más allá de que esas explicaciones pudieran ser razonables y aun satisfactorias, esto no quiere decir que cuando se trata de los comportamientos económicos no se los deba explicar buscando verificar si lo que predice la teoría económica ocurre en la realidad. Y esto no le interesó a la escuela histórica. Más que una explicación económica, hizo una descripción cultural de los fenómenos económicos.

Al comienzo de la Methodenstreit, Walter Bagehot fue en 1876 “el primero en objetar el rechazo de la teoría diciendo [ . . . ] la historia de [ . . . ] es la historia de una conflictiva confusión de muchas causas y, a menos que usted conozca qué clase de efecto puede producir cada causa, no puede explicar una parte de lo que pasa [ . . . ]”, recordaba Mises (21), y concluía con las palabras de Bagehot: “Correctamente considerado, el método histórico no es un rival del método abstracto correctamente considerado” (22).

Pero fue el método de la escuela histórica alemana el que más influyó en nuestra historia económica hasta hace pocos años. Fueron otros, además, sus efectos. Sobre los supuestos -explicitados o no- de la escuela histórica alemana se elaboraron interpretaciones sobre el pasado económico argentino, hasta hoy las más difundidas. Se sostuvo que el crecimiento orientado hacia las exportaciones había sido la causa del posterior estancamiento y atraso. Que la promoción de actividades agropecuarias para la exportación favoreció a una *élite* tradicional que no invirtió en industrias, dejando al país en un estadio pastoril. Que la división internacional del trabajo, resultado de la integración argentina a la economía mundial, la condenó a ser abastecedora de productos primarios cuyos precios caían en los mercados internacionales, lo que producía la persistente disminución de sus ingresos. Por último, que la competencia de las importaciones arruinó las artesanías impidiendo su transformación en manufacturas, destruyendo con ello las economías del interior y haciendo que Buenos Aires, un enclave de la economía mundial, fuera la única beneficiada de ese crecimiento.

Frente a ese desarrollo hacia afuera, el país debía buscar uno hacia adentro, el de sus industrias, de sus fuerzas productivas y del trabajo nacional. Estos argumentos que, como dijimos, se remontan a Bunge, se repitieron en foros académicos y en los que no lo eran, y en el discurso oficial del período más definitivamente autarquizante de la historia argentina. Aparecen en la literatura histórico-económica de entonces y se encuentran también en la sociológica (23).

#### **IV. La reacción neoclásica**

Fueron los estudios de algunos economistas extranjeros más que la nueva historia económica, que recién empezaba a difundirse en los Estados Unidos, los que gravitaron más en el cambio que se produjo hacia fines de los años sesenta en la historia económica argentina. En esos trabajos, como en toda la producción académica de la época, se utilizaban los esquemas neoclásicos de análisis y se incorporaba información cuantitativa. Aparte del más lejano aunque todavía imprescindible estudio de Williams y del más reciente de Ford (24), el que más peso tuvo fue el de Carlos Díaz Alejandro. Aunque la mayor parte del trabajo de Díaz Alejandro trata del período posterior a 1930, y aun más, el de la posguerra tiene una breve introducción referida a los años 1880-1930.

Su tesis central, que modifica las versiones anteriores sobre el crecimiento argentino, es que dado que el costo de oportunidad de la tierra era muy bajo, resultaba más conveniente para el país especializarse en la producción de bienes agropecuarios y cambiarlos por bienes de capital importados, cuya producción local hubiera tenido un costo elevadísimo. Dice: “La experiencia de la Argentina anterior a 1930 concuerda, en general, con la teoría del comercio y el crecimiento basada en los excedentes. Aunque se carece de datos sobre las cuentas nacionales del siglo XIX, parece indudable que en aquella época el crecimiento estaba en íntima relación con los sucesivos auges en las exportaciones de mercancías tierra-intensivas, siendo muy bajo el costo de oportunidad de la tierra” (25).

También fueron especialmente útiles los estudios sobre la historia económica del Canadá y los Estados Unidos.

Respecto de Canadá Harold Innis sostenía que su crecimiento económico se basó en la exportación (no tenía mercado interno para dar salida a su oferta) de un bien primario del que, en cada etapa de su desarrollo, tenía oferta abundante. Siguiendo el argumento de Innis, Baldwin y North se ocuparon del caso de los Estados Unidos, postulando que el crecimiento económico de un país puede iniciarse con el de la producción primaria para la exportación. Los patrones de distribución del ingreso y, en la medida que dependa de ellos, los de inversión y el surgimiento de las industrias domésticas estaban determinados por la naturaleza tecnológica de la producción, la función de producción, y no por el hecho de que ésta se exporte o se destine al mercado interno. Introdujeron en el análisis de la distribución del ingreso la teoría neoclásica, que en las obras publicadas en nuestro ámbito estaba referida solamente a consideraciones sociológicas o políticas.

Desde los años 70 un grupo pequeño de historiadores y economistas, que se amplió con el correr de los años, empezó a utilizar estos esquemas en trabajos que

intentaron producir una renovación en la historia económica argentina.

Ezequiel Gallo había publicado en 1970 “La agricultura en el proceso de industrialización”, afirmando que no había oposición entre el crecimiento de la economía basada en las exportaciones agrícolas y la industrialización, sino que ésta había sido, precisamente, la consecuencia de aquélla. Guido Di Tella se apartó de su primitiva tesis doctoral dirigida por Rostow y habló de las economías de los espacios nuevos siguiendo la versión de la Staple Theory. Los esquemas de Baldwin, North y Watkins fueron utilizados en mi libro *Hispano América: la apertura al comercio mundial*, de 1971. Lucio Geller hizo un ensayo interpretativo sobre la teoría del bien primario exportador, criticando la versión de nuestro primer libro, *La formación de la Argentina moderna*. Vicente Vázquez Fresedo publicó “El caso argentino”, donde sigue aquellos lineamientos. Más adelante, Roberto Cortés Conde publicó *El progreso argentino*, donde se discuten algunas de las tesis tradicionales de la historiografía económica argentina vinculadas al patrón tradicional moderno, la propiedad de la tierra y las condiciones de vida de los sectores populares en el proceso de crecimiento. Bastante más adelante Eduardo Miguez publicó su tesis doctoral con ese enfoque.

Mientras que los estudios con un enfoque histórico de economistas neoclásicos o la Staple Theory (incluyendo en ella a la *vent for surplus*) tuvieron una influencia muy marcada en el más reciente desarrollo de la disciplina, no puede decirse lo mismo de la nueva historia económica o econometría histórica.

Pero la nueva historia económica dejó la enseñanza sobre la importancia de la medición y de su relación con la teoría económica, definiéndose como un intento de utilizar la teoría económica neoclásica y los métodos cuantitativos. Decía sobre ella Peter Temin:

“¿Qué es nuevo en historia económica? Una breve historia intelectual provee una respuesta. Cuando la economía fue tomando forma como una disciplina académica hacia fines del siglo XIX, dos enfoques sobre el estudio de los asuntos económicos combatieron por el dominio. La economía clásica trazó su linaje intelectual hacia el pensamiento radical inglés y utilizó el razonamiento deductivo para derivar generalizaciones sobre el mundo de proposiciones abstractas. La economía histórica, como se llamó el enfoque competitivo, tuvo su origen en Alemania y se basó en el principio de inducción; se suponía que el estudio de casos específicos podía permitir formular leyes generales sobre la conducta económica. La progenie de la economía histórica se ha denominado historia económica, historia social y sociología, que a veces se estudian en los departamentos académicos con ese nombre y a veces no”.

“La nueva historia económica -recalcaba entonces Temin- (conocida como historia econométrica o cliometría) difiere de la antigua por ser miembro de la familia de la economía clásica y no del clan histórico económico” (26). No quiero detenerme en la

amplia discusión que siguió a los nuevos “combats pur l'histoire” (económica) que debieron librar los cliometristas con quienes rechazaron sus propuestas por ahistóricas. Ellas están volcadas en numerosos artículos y en algunos libros. Quiero volver al argumento central, que creo sigue siendo válido. Es el que, por otra parte, afectó más a quienes trabajamos en la disciplina y aun a aquellos que no intentaron enfoques econométricos. Se trata de la medición y la necesaria relación entre la medición y la teoría (27).

Se ha atacado esta posición diciendo que la historia trata de hechos, describe hechos, no elabora teorías. Pero ocurre que delante del investigador no transcurren todos los hechos pasados, sino que él busca información y elige los que le interesan; al hacerlo tiene un modelo, una teoría, por muy poco elaborada que esté, es decir, un conjunto de proposiciones que hacen supuestos sobre cómo se relacionan los hechos.

Cuando no existen teorías elaboradas también se formulan hipótesis sobre cuál sería el comportamiento en situaciones determinadas, sobre la base de los conocimientos que se tienen. Esto, por otra parte, es lo que han hecho los historiadores durante siglos, con no tan mal resultado. Pero ello no justifica que cuando exista un conjunto de proposiciones (teoría) que busquen explicar los comportamientos económicos se las ignore. Porque lo que ocurre es que el historiador, enfrentado de un modo ingenuo a la realidad económica, puede no entender lo que está ocurriendo y dar no sólo una explicación sino una descripción equivocada, o, lo que es más frecuente, usar alguna teoría, de un modo bastante rudimentario, sin saber que lo está haciendo (28).

De lo que se trata es de hacer algún tipo de predicciones suponiendo que si los individuos poseen información adecuada y valoran sus alternativas buscando maximizar su utilidad se puede esperar que se comporten de un modo y no de otro. Es decir, si obtienen un mayor beneficio producirán más y no menos, si los bienes son más baratos consumirán más y no menos. Esto está lejos de la formulación de leyes generales de la historia. Pero ésta es la base de la teoría de la demanda y de la oferta, hoy llamada microeconomía, que es la que nos sirve en historia para explicar las conductas económicas.

Si la teoría utilizada no logra explicar, o explica mal, el fenómeno observado deben buscarse otros factores que lo expliquen. No es que la teoría no sirve, es que la utilizada puede no ser suficiente, porque no incluye todos los factores que influyen en el fenómeno observado o porque incorpora algunos no relevantes. Por necesidad del análisis las teorías tratan con uno o algunos factores (variables), cuando la realidad es más compleja. Es tarea del historiador enriquecer con los datos de la realidad esos esquemas (los boxes vacíos de Clapham). La búsqueda de nuevos hechos, de nuevos datos que permitan ver los mayores matices que tiene el fenómeno que se describe (o explica) es, por otro lado, lo que responde al interés, a la curiosidad del historiador. Pero la investigación no tendría ninguna dirección si la teoría no brindara supuestos sobre los comportamientos esperables.(29)

No quiere decir, con ello, que se busque explicar la conducta económica deduciéndola de ciertas leyes metafísicas. No existe la pretensión de encontrar leyes generales a las que debe ajustarse el devenir histórico; tampoco la de que la tarea del historiador consista en verificar si esas leyes se cumplen en la realidad.

Por otro lado, debe utilizarse la teoría con las reservas que recomendaban Swanson y Williamson: “El historiador económico debe ver la teoría que emplea con el mismo escepticismo que el econométrista que usa una teoría cuyas predicciones pone a prueba” (30).

Por otro lado, al menos en historia económica, no debe caerse en el otro extremo, el de despreciar los hechos. No puede cuestionarse seriamente la importancia de la investigación histórica en una ciencia que trata de procesos históricos -decía Schumpeter- como tampoco la de la necesidad de desarrollar un conjunto de instrumentos analíticos para manejar los materiales (31), argumento que sintetizó de esta manera John Neville Keynes: “La idea de que una mera búsqueda de material histórico y estadístico puede ponerse a disposición de la ciencia sin ninguna ayuda deductiva es tan extravagante como la idea opuesta, a saber, que sólo de la deducción de hipótesis puede construirse toda la ciencia” (32).

El otro tema tiene que ver con la medición. Se alega que debido a la pobreza y la falta de datos toda medición es en sí poco confiable. No cabe duda de que faltan datos y de que por más que se investigue, lo que permitiría mejorar mucho nuestra información, ésta siempre será deficiente. Pero, ¿es que cuando se dice que la gente está mejor o peor no se está haciendo alguna ponderación, tremenda, terminante, sin cuantificación alguna?

Lo que se debe hacer es reconocer las limitaciones y los alcances de la información cuantitativa y no tomarla como algo que dice más de lo que puede. La cuantificación debe perder el carácter sagrado que para algunos tiene, o porque no la conocen o porque al acercarse a esos métodos quedan deslumbrados por ellos.

Por otro lado, los datos solos no dicen nada. La cuantificación tiene sentido si busca explicar relaciones funcionales entre fenómenos.

## **V. La nueva economía institucional**

Mientras que el aporte de la “new economic history” consistió en recordar a los historiadores que los estudios sobre el pasado económico debían hacerse del mismo modo que los que se hacen para estudiar el presente, la llamada “nueva economía institucional” tuvo en los últimos tiempos una aplicación novedosa en la historia económica (33). Douglass North fue quien primero inició este camino (34).

North sostiene que el crecimiento de la riqueza se deriva del intercambio, de la especialización y de la división del trabajo. Continúa con ello en la tradición de Adam Smith. Sin embargo -agrega-, el intercambio tiene sus costos. Por un lado se trata de los del transporte, pero por otro de los mismos costos de la negociación, es decir, lo que llama costos de transacción. Mientras en el pasado los costos de transporte eran casi infinitos, lo que limitaba la división del trabajo y el tamaño del mercado, en los tiempos presentes, con los intercambios cada vez más complejos e impersonales, los de transacción son más elevados. Para North los costos de transacción son la clave de la performance de la economía. En el mundo neoclásico, sin embargo, no hay costos de transacción. Luego, para comprender los procesos evolutivos de las sociedades hay que saber si no existieron obstáculos que impidieron realizar las ganancias del intercambio y por ello redujeron los incentivos para invertir y retardaron el crecimiento.

Para que las sociedades progresen las ganancias de la especialización deben ser menores que los recursos destinados a transar. Para reducir éstos son necesarias estructuras institucionales que definan los roles (los derechos) de cada parte en el intercambio y los derechos (claims) a la ganancia que resulte. Que designen, además, a un tercero como árbitro para dirimir eventuales diferencias con el poder de hacer coactivas sus decisiones. Todo ello supone la definición de los derechos de propiedad y el establecimiento de una agencia especializada, encargada de hacer cumplir los contratos; en otras palabras, el estado.

North reconoce que la existencia de derechos de propiedad eficientes no ha sido lo usual y que el progreso de las sociedades, que han pasado de un modelo de intercambio personal a otro generalizado, depende de su existencia. La nueva economía institucional recupera la importancia del derecho, del sistema jurídico y, por último, del político, que posibilitan un estado eficiente, precondiciones para que cada participante obtenga todo el beneficio del intercambio que le corresponda y así tenga incentivos para invertir, y de ese modo la sociedad progrese (35). La nueva economía institucional ofrece interesantes alternativas para incursionar en los campos comunes de la economía y el derecho. Existe ya un caudal importante de trabajos dedicados a ello, muchos publicados en el *Journal of Law and Economics*. La diferencia entre la nueva y la vieja historia institucional es que la primera, aunque reconoce la presencia de factores no económicos, no sólo explica los que lo son con la teoría económica sino que busca explicar la aparición de las instituciones como producto de las conductas de los individuos que tratan de maximizar su utilidad. Mientras que la antigua economía institucional conducía a un desencuentro casi inevitable entre economía e historia, la nueva acepta que existe un terreno en donde se debe trabajar con los mismos métodos de la economía, pero amplía el marco de la investigación al campo de las instituciones. Al lado de la nueva economía institucional están los trabajos de la teoría de la decisión colectiva, un intento de análisis neoclásico de fenómenos que no son de mercado y que por ello resultan especialmente útiles en trabajos históricos, y los de la creación de rentas económicas, que han dado lugar a valiosos estudios históricos sobre el mercantilismo (36).

En la Argentina la nueva economía institucional recién se conoce. Ello no es extraño debido al enorme retraso con que llegan a nuestros institutos de enseñanza superior las nuevas corrientes científicas. En nuestras facultades aparecen como resultado de un intento renovador bibliografías que tienen una antigüedad de, por lo menos, dos décadas. Es probable, sin embargo, que en un país donde los costos de transacción han llegado a ser tan altos, modelos que enfatizan la importancia de las instituciones en el crecimiento económico abran perspectivas de estudios fecundos.

## VI.

El estudio de los procesos históricos está enmarcado en las preocupaciones de la época de quienes lo hacen, y nosotros no somos ajenos a ello. La formación del estado-nación dominó el pensamiento de los historiadores alemanes, la de las fluctuaciones económicas, el de los que trabajaron después de la crisis del 30, y la de los problemas del crecimiento y subdesarrollo, el de la generación de la segunda posguerra. El más reciente interés por los aspectos institucionales, que favorecen o frenan el progreso de las naciones, tiene una urgencia inocultable para quienes vivimos varias décadas de experiencias decepcionantes, aunque, quizá, vaya a ser reemplazado por otro cuando las circunstancias cambien.

---

## NOTAS / BIBLIOGRAFIA

\* En este artículo se reproducen fragmentos del documento pronunciado por el autor en su incorporación a la Academia Nacional de la Historia.

(1) John Richard Hicks, *A Theory of Economic History*, Londres, Oxford University Press, 1969, pp. 3 y 4.

(2) Para un relato de la evolución de la historia y su relación con las ciencias sociales en los Estados Unidos véase Lawrence Stone, *The Past and the Present*, Boston y Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 3 y ss.

(3) Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, París, 1969, pp. 47-49.

Así, mientras la geografía daba una idea de los límites, la historia permitía seguir los movimientos largos, las tendencias, las fluctuaciones de corto plazo. Braudel, op. cit., p. 131.

(4) R. M. Hartwell, *The Industrial Revolution and Economic Growth*, Londres, Methuen & Co., 1971, p. 4.

(5) "Normalmente el cuantificador francés acumula descripciones numéricas en un camino que conduce esencialmente a un análisis no cuantitativo". Charles Tilly, en: "Quantification in History as Seen from France", en Lorwin y Price, "The Dimensions of the Past", p. 114 y passim, pp. 94-125. (Citado por Robert Forster, "Achievements of the Annales School", en *The Journal of Economic History*, vol. XXXVIII, marzo 1978, N° 1, p. 71.)

(6) Aníbal Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial del Pacífico. Sin embargo, la publicación inicial donde se sostiene que el comercio no produce beneficios iguales para ambos participantes debido al deterioro de los términos de intercambio (es decir, que se tiende a un desequilibrio permanente) apareció antes (Naciones Unidas, CEPAL, *Estudio Económico para América Latina*, Lake Success, Nueva York, 1948.)

- (7) Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, Fondo de Cultura Económica, México -Buenos Aires, 1962.
- (8) Aldo Ferrer, *La economía argentina, las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Fondo de Cultura Económica, México -Buenos Aires, 1969.
- (9) M. M. Postman, *Fact and Relevance*, Cambridge University Press, 1971. Bert Hoselitz, comp., *Theories of Economic Growth*, Nueva York, The Free Press, Collier, Macmillan, 1965.
- (10) Carl Menger, *Investigations into the Method of the Social Sciences with Special Reference to Economics*, Nueva York y Londres, New York University Press, 1985, p. 189.
- (11) Carl Menger, op. cit., p. 190.
- (12) Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics*, Nueva York y Londres, New York University Press, 1981, p. 6.
- (13) *Ibíd.*, p. 6.
- (14) *Ibíd.*, p. 6.
- (15) *Ibíd.*, p. 107.
- (16) *Ibíd.*, p. 109.
- (17) Ludwig von Mises, op. cit., p. 72.
- (18) *Ibíd.*, p. 107.
- (19) *Ibíd.*, p. 197.
- (20) R. M. Hartwell, "Good Old Economic History", en *Journal of Economic History*, vol. 33, diciembre 1978, pp. 28 y ss.
- (21) Ludwig von Mises, op. cit., p. 123.
- (22) *Ibíd.*, p. 124.
- (23) Aparte de la ya citada obra de Ferrer, véase también José Carlos Chiaramonte, *Nacionalismo y Liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1971; el primer trabajo de Guido Di Tella y M. Zymelman, *Las etapas*, en T. Di Tella, Gino Germani, J. Graciarena, Buenos Aires, EUDEBA, 1967. *Argentina sociedad de masas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965; los demás trabajos de una misma antología, el esquema de las etapas de Germani, en una interpretación sociológica del período, la interpretación de Scobie sobre el desarrollo agrícola, en *Revolution on the Pampa: a Social History of Argentine. Wheat, 1860-1910*, Austin, The University of Texas Press, 1964; nuestro mismo trabajo con E. Gallo, *La formación de la Argentina Moderna*, Paidós, Buenos Aires, 1967, donde, sin embargo, la búsqueda de información empírica nos hacía ver que algo no andaba tan mal en ese período.
- Una expresión más reciente de esas posiciones se encuentra en Solberg Tariff y más adelante en Donna Guy, "La política de Carlos Pellegrini [ . . . ]", en *Desarrollo Económico* No 73, vol. 19 (abril-junio de 1979).
- (24) John Williams, *Argentine International Trade Under Inconvertible Paper Money, 1880-1900*. Nueva York, Greenwood, 1969. Alíe Ford, *El patrón oro, 1880-1914, Inglaterra y Argentina*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1966.
- (25) Carlos Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, 1970, p. II.
- Cabe afirmar que el crecimiento anterior a 1980 fue "generado por las exportaciones", no porque éstas y las

entradas de capital con ellas asociadas suministraran una demanda global creciente (en el sentido keynesiano), sino porque -y esto es más importante- las exportaciones y las entradas de capital originaron una asignación de recursos mucho más eficiente que la que hubiese podido resultar de políticas autárquicas. En particular, el costo interno de los bienes de capital, que sería astronómico en un régimen autárquico (en 1880, por ejemplo), se redujo a un bajo nivel mediante las exportaciones de mercancías producidas con el uso generoso de un insumo -tierra- cuyo valor económico en un régimen autárquico se da bastante pequeño. A medida que la economía argentina se ampliaba y diversificaba, las grandes disparidades en los costos de oportunidad en favor de las diferentes políticas de comercio exterior comenzaron a disminuir, pero siguieron siendo importantes, y continuarían siéndolo mientras el comercio mundial fuera relativamente libre y los costos de transporte bajos.

(26) Peter Temin, *New Economic History*, Middlesex, Inglaterra, Penguin Books, 1978, p. 7.

(27) Una muestra de investigaciones en que se usan técnicas econométricas, como regresiones, está en Roberto Cortés Conde, "Income Differentials and Migrations", en C. Kindleberger y G. Di Tella, *Economics in the Long View*, vol. 2, "Applications and Cases", parte I, Macmillan Press, Hong-Kong, 1982, y en "Migraciones: el efecto de eslabonamiento", en *Anuario 11*, Escuela de Historia, Universidad de Rosario, 1985, pp. 217 y ss.

(28) "El límite natural para hacer preguntas a la historia está determinado por lo adecuado de la teoría que describe el mundo alternativo. Debido a que la economía tiene un cuerpo desarrollado de proposiciones predictivas, puede ser utilizada por los historiadores de una manera en que la teoría política o sociológica no puede. Y esto es así aun cuando la teoría económica finalmente fracasa cuando se la confronta con cambios no continuos o tiempos muy largos." Albert Fischlow y Robert Fogel, "Quantitative Economic History: An Interim Evaluation. Past Trends and Present Tendencies", en *Journal of Economic History*, 1970, p. 15.

(29) Usando la teoría del capital buscamos explicar las causas de las migraciones como una inversión en capital humano. Véase *El progreso argentino*, op. cit., y "Income, differential and migrations", op. cit. También usando la teoría del capital tratamos de explicar la relación del precio de la tierra, un factor de producción, con el de los productos, de acuerdo con el uso que se le diera. Véase R. C. Conde, *El progreso argentino*, op. cit., y R. C. Conde, "Tierras, agricultura y ganadería" en E. Gallo y G. Ferrari, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1980. Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 41 y ss.

(30) J. Swanson y J. Williamson, "Explanations and Issues", *Journal of Economic History*, 1970, p. 56.

(31) Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Nueva York, Oxford University Press, 1954, p. 814.

(32) J. N. Keynes, "Scope and Method of Political Economics", Londres, 1891, citado por Hartwell, op. cit., p. 32.

(33) Ronald Coase: que tiene su antecedente en la teoría de la firma.

(34) Douglass C. North, *Structure and Change in Economic History*, Nueva York, N. W. Norton & Co., 1981.

(35) "Efficient economic organization is the key to growth; the development of an efficient economic organization in Western Europe accounts for the rise of the West. Efficient organization entails the establishment of institutional arrangements and property rights that create an incentive to channel individual economic effort into activities that bring the private rate of return close to the social rate of return". Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World. A New Economic History*, Cambridge at the University Press, 1978, p. 1.

(36) Dennis C. Mueller, *Public Choice*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979.

James M. Buchanan, *La hacienda pública en un proceso democrático*, Madrid, Aguilar, 1978. Robert Ekelund y Robert Tollison, *Mercantilism as a Rent Seeking Society. Economic Regulation in Historical Perspective*, Texas, ASM University Press, 1981.